

JESUS REYES FERREIRA:

"ALEGRIA DE MEXICO"

Un estallido de colores, de felicidad, de alegría mexicana -es to es la pintura de Jesús Reyes Ferreira- ah, pero lo vamos a llamar como lo llama todo México, con un acento de cariño y admiración solamente reservado a él: Chucho Reyes.

Nació en Guadalajara, otro gran artista jalisciense. Nació en Guadalajara otro gran artista jalisciense. Nació en 1884. Eternamente joven, su arte es cada vez más luminoso, más rico. Cuando -Picasso, pocos años mayor, vio a la edad de setenta años algunas de sus obras que le llevó Manuel Rodríguez Lozano, exclamó: ¡Qué belleza! ¡Qué frescura! ¡Debe ser un artista muy joven!

Se inició en el arte pintando papeles para envolver regalos. - Porque tenía ganas de hacerlo; para jugar con los colores; por ese instinto de juego que es una de las raíces más profundas del arte. Los papeles para regalos se convirtieron andando el tiempo en esas preciosas obras de arte que son los "papeles" de Chucho Reyes, aun que él, a veces, dice que no son "arte"

Dueño de una exquisita sensibilidad, dueño también de amplios conocimientos de arte internacional antiguo y moderno -influyeron en su formación el arte bizantino y el de Chagall- se inspira, para crear, en las artesanías mexicanas. Pero, claro, nada más lejos de su arte que un folclorismo fácil para turistas despistados. Su pintura tiene el candor y la ingenuidad de aquellos humildes artífices y, al mismo tiempo, un extraordinario refinamiento colorístico. Pinta con un derroche de fantasía plástica y un infalible sentido decorativo.

Pinta una y otra vez los mismos temas: caballos, ángeles, gallos, santos, payasos, flores, caballos... ¡Esos caballos! Caballos que sonríen, caballos rosa, magneta, verdes, parejas de caballos sorprendidos en pleno flirteo, caballos blancos de crin y cola lila, que vuelan por los aires -pegasos no especializados en poesía- en pos de una felicidad a la medida de su hermosura.

Nunca se repite. Cada "papel" es una nueva creación. De vez en cuando se le ocurre pintar una "naturaleza muerta", una escena de circo, como las publicadas aquí, que se exhiben en el Museo de Arte

Moderno, dependencia del INBAL.

Hay también temas trágicos, los "Crucificados", pero no desentonan en esa fiesta de vida y de color que es el arte de Chucho Reyes. Son Cristos de gran expresividad, pomposamente patéticos, cubiertos de sangre como los de las iglesias pueblerinas de México, de estirpe barroca. Y viéndolo bien, hay un "barroquismo oculto" -barroquismo popular- en toda la obra de este mago.

Alegría de vivir, alegría de ver, de crear, alegría mexicana: he aquí el arte de Chucho Reyes.

Guillermo Meza nos introduce a un mundo de angustia de la angustia de vivir.

Nació en 1917, en el seno de una familia modesta. Conoció por experiencia propia esos llanos desolados al margen de la gran ciudad, la fealdad y miseria del paisaje humano de los barrios proletarios. Conoce también el drama del campo. Pero su pintura no es "tremendista". No trata de producir en el espectador un efecto de choque. Tampoco es arte comprometido, de protesta. Recurriendo en parte a los temas de los artistas pertenecientes a la "escuela mexicana", se distingue radicalmente de ellos. Renuncia a lo didáctico a la prédica. No grita hacia los cuatro vientos su mensaje social o político. Con el lenguaje de las formas -formas puras, nobles, casi clásicas- dice su verdad, sinceramente, resignadamente. Y es inevitable que el contemplador sensible comprenda, conmovido, el mensaje implícito.

Aprendió a dibujar con el pintor Santos Balmori, en una escuela nocturna de arte para trabajadores. Como pintor es autodidacta. "Las cabezas religiosas", "La noche" y el "Autorretrato", cuadros expuestos en el Museo de Arte Moderno, ilustran el carácter de su arte. En primer lugar es un dibujante excelente, que dedica un gran esmero a los detalles, sin perderse en ellos. Pero, igual en esto a Chucho Reyes, no aprovecha el color simplemente como recurso para dar vida al dibujo, sino como medio expresivo. Los dos son pintores pictóricos.

En su pintura, fuertemente dramática, Meza usa colores pesados, densos, amargos -valga la frase-, como el verde venenoso de su "Autorretrato". Y trabaja con vehementes contrastes cromáticos. Se ha dicho que su pintura es realista, y en cierta medida lo es. Parte -

de la realidad, pero la transforma poéticamente. Hace visible el dolor, la frustración, la tragedia de esa realidad social que él - ha vivido y que dentro de él sigue viviendo como experiencia vital imborrable. Pero su obra tiene un aspecto más amplio. Da expresión a la angustia metafísica del hombre en la tierra, abandonado a su destino inseguro en medio de un Universo hostil e incomprensible. En este y en muchos otros sentidos se puede comparar a Guillermo Meza con Juan Rulfo, ese gran escritor jalisciense, cuya obra también está impregnada de un profundo sentido social, sin ser -tampoco- obra "de mensaje". Arte de realismo mágico, con un subfondo romántico, visionario, el de los dos. Arte auténtico y desolado, fuerte y profundo. Y los cuadros de Meza nos evocan el clima de - "Pedro Páramo" y de "El llano en llamas".